

La libertad religiosa.

1. 3. 2/354 ARGENTE A. 1

("Diario Universal", Madrid, 19 noviembre 1906) 1-314

Contestando amablemente á nuestra pregunta sobre el problema religioso planteado en la sociedad española, Miguel de Unamuno, el ilustre rector de la Universidad de Salamanca, uno de los más altos espíritus entre la gente española, nos envía el siguiente magnífico trabajo, cuya doctrina debe ser meditada por nuestras clases directoras:

Sr. D. Baldomero Argente,
Director del DIARIO UNIVERSAL.

Mi querido amigo: Me pregunta usted qué me parece sobre la cuestión de la libertad religiosa planteada ya en nuestra política nacional, y usted sabe, sin duda, que es el problema que más íntimamente me preocupa.

He de empezar por decirle que, á mi entender, no estamos aún en España más que en el prólogo de la cuestión, pues de político-eclesiástica á que hoy se reduce en su casi totalidad, tiene que llegar á hacerse religiosa en su estricto sentido. Lo que tiene que llegar á ponerse en claro es si España es ó no católica. Yo creo que no lo es.

Claro está que no tendrfa sentido el que se hablase de libertad de imprenta donde la inmensa mayoría de los ciudadanos no supiesen leer y escribir, ni de libertad de enseñanza donde nadie se pudiese á aprender cosa alguna, y así podría parecer extraño que se plantease el problema de la libertad de conciencia donde semejante conciencia, en el sentido religioso, apenas si existe. Porque uno de los mayores azotes de España, á mi entender, es la falta de conciencia religiosa. Aquí el que no es católico no es nada por lo general ni se preocupó nunca con inquietudes y anhelos religiosos, y el que profesa ser católico tampoco.

El catolicismo español ha descristianizado á España. La mayoría de nuestros sacerdotes no han leído los evangelios, fuera de los trozos de ellos que mascullan en latín al decir misa.

Sin embargo, esa conciencia religiosa que es hoy un lujo de una insignificante minoría podría ser con el tiempo tesoro del pueblo todo. Lo que hoy es lujo para el espíritu ó para el cuerpo llegará á ser mañana de primera necesidad para uno ó para otro, como son de primera necesidad en los pueblos cultos, si han de seguir siéndolo, satisfacciones de puro lujo entre los salvajes. Y de aquí el que no haya argumentos más groseros y más



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES

15.2/354

despreciables que los argumentos análogos al de aquel que, hablando del sufragio universal, argüía que con él nadie echaría una gallina más al puchero. Estas razones de gallina en puchero, de la misma vena que el pan y toros ó que el pan y hojas de catecismo, son razones indignas de espíritus de miras elevadas.

De tan grosero modo sienten cuantos dicen y repiten que las luchas religiosas son anacrónicas ó que es cursi hablar de religión. Son especies de volterianos repulsivos, hagan profesión de librepensadores ó de católicos. Porque el número de volterianos católicos en España es lección, ni hay aquí mentira mayor que la de los hombres públicos que en público se confiesan católicos.

Este, señor director, éste es el mal y no otro: la mentira. La mentira nos roe y nos apesta; la mentira nos pierde. No se trata sino de perpetuar una mentira, una pura mentira. Y al que no miente al jurar ante los Tribunales se le castiga. Y se pretende que para contraer matrimonio mientan los hombres y atarles á la Iglesia por la mentira. Y no puede ser ministro en España no siendo católico—y no lo son en el foro de su conciencia muchos que lo han sido— el que no jure ante unos Evangelios en que no cree y por una fe que no abriga.

Se habla de la obra de emancipación religiosa que ha llevado á cabo Francia. Pero es que los fautores de esa obra, Combes, Waldeck-Rousseau, Clemenceau, etcétera, etc., jamás se han declarado hipócritamente católicos, y es que, además, el alma íntima de esa obra han sido unos cuantos espíritus hondamente religiosos, aunque sin dogmas teológicos, educados en las tradiciones hugonotas. Y es que cabe un profundo sentido de religiosidad cristiana sin admitir racionalmente ni uno sólo de los dogmas teológicos de ésta ó de aquella Iglesia cristiana, oficial y ritualmente constituida.

Lo que en España parece empieza á apuntar, no es la división entre clericales y anticlericales, no, sino entre católicos y no católicos, y hasta que no se llamen así, por sus nombres, toda esa lucha, en la Prensa y en el Parlamento, no será sino prólogo, y un prólogo fastidioso y sinido. No sé en qué principio se funda el que un monárquico dinástico español, aunque sea conservador, haya de ser católico ó fingir serlo cuando menos; no sé por qué no haya de poder ser ministro



de la Corona actual un judío, ó un protestante, ó un budista, ó un agnóstico confesado y reconocido públicamente tal y sin abjurar de ello.

Parece como que los llamados conservadores hayan de ser más católicos que los llamados liberales, y de aquí el que entre aquéllos haya más hipócritas y más rolterianos que entre éstos, y que por lo regular consideren á las que llaman venerandas creencias de nuestros mayores, y á la Iglesia misma, como medios de contener las pasiones del pueblo y de gobernar en provecho de los poderosos, lo cual es el colmo de la impiedad. Como es el colmo de la sofistería esa especial democracia de invención conservadora, y que es la democracia de la inconciencia religiosa.

La España de hoy no es católica; no lo es la España consciente, la que discurre y razona y siente al compás de los tiempos; no lo es la España culta. Y si hay personas que parecen cultas y son católicas es porque carecen de cultura religiosa. Puede haber un peritísimo abogado y brillante orador que sea católico, pero no le quepa duda, señor director, porque en su vida meditó despacio en los dogmas que profesa, ó es por una

verdadera incapacidad para la comprensión filosófica.

Un hombre del siglo xx, un siglo después de haber pasado Kant, el hijo de Lutero, por el mundo, no puede aquietar su conciencia con dogmas que no son sino expresión filosófica de una filosofía medioeval. La fe en la eucaristía se basa en un concepto de la sustancia que no cabe en una cabeza moderna. Y así lo demás.

Y he aquí por qué la Iglesia rehuye cada vez más las cuestiones dogmáticas —el último intento del doctísimo abate Loisy lo prueba— y se mete en la acción social y hasta en la política. Se cuida más del Derecho canónico que no de la Teología dogmática; es más política que religiosa.

Voy á concluir, porque esto sería el cuento de nunca acabar. La lucha que se inicia debe ser, ante todo y sobre todo, la lucha de la sinceridad contra la mentira, y miente casi siempre el que se declara anticlerical, pero católico. Repugna leer en los diarios ciertos editoriales en





Unamuno

que haciéndose profesión de respeto al dogma y de sumisión á la Iglesia, y declarándose que no se va contra aquél sino contra las extralimitaciones en la esfera política y social, está lleno el artículo de verdaderas herejías; como que su autor no cree ni en Dios ni en el diablo.

La verdad, la verdad siempre, es la única manera de contestar á las provocaciones de los católicos militantes españoles que conociendo la flaqueza de los adversarios, se distinguen por la grosería de sus invectivas, por la ramplonería de sus declamaciones, por la insolencia de sus ataques, por su falta de respeto al contradictor, por la insidia y mala fe de sus denuncias y por la crasa ignorancia con que acostumbran juzgar doctrinas ajenas.

Es cuanto por hoy se le ocurre decirle á su afectísimo amigo y servidor,

Miguel de Unamuno.

Salamanca 16-xi-1906.

